





---

## El Sistema



---

«Una novela de ideas, de enorme ambición intelectual y literaria,  
que abre nuevos caminos en la narrativa contemporánea.»

*Jurado del Premio Biblioteca Breve 2016*

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

PERE GIMFERRER

MANUEL LONGARES

ELENA RAMÍREZ

CLARA USÓN



Seix Barral



**Seix Barral** Premio Biblioteca Breve 2016

---

# **Ricardo Menéndez Salmón**

## **El Sistema**



---

© Ricardo Menéndez Salmón, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.seix-barral.es  
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2016  
ISBN: 978-84-322-2037-1  
Depósito legal: B. 1.371-2016  
Composición: Moelmo, SCP, Barcelona  
Impresión y encuadernación: CPI, Barcelona  
*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Seix Barral

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



*A Eva Ervas*

*Pondus meum amor meus; eo feror quocumque feror*





---

Ninguna escritura que afecte a la existencia de un tema secreto puede escapar ella misma al secretismo. Con el tiempo se acaba confiriendo un culto ya no solamente a la figura primaria, sino también al documento.

DON DELILLO,  
*La estrella de Ratner*



Seix Barral



---

**EN LA ESTACIÓN METEOROLÓGICA**





---

El Sistema es un archipiélago.

Los textos acerca del tiempo humano mencionan cuatro épocas: Protohistoria, Historia Antigua, Historia Moderna e Historia Nueva. El Sistema no existe durante la Protohistoria. En ese periodo sólo existe la Naturaleza y, dentro de ella, un animal que comienza a escapar del frío, el miedo y la extinción prematura a duras penas, mediante el empleo de útiles, la reunión en tribus, la adopción de estrategias de caza y pesca.

Con la Historia Antigua aparece la escritura, se desarrollan los cultivos y la agricultura, la domesticación de animales. Nacen las primeras ciudades. La religiosidad se organiza. Florecen las legislaciones. El Sistema comienza a perfilarse. Se expandirá en la Historia Moderna y se afianzará durante la Historia Nueva hasta alcanzar su actual forma.

El Sistema era antes distinto: continentes, federaciones, países. Hoy, como queda dicho, es un mosaico de islas. Las guerras ideológicas han favorecido dicha fragmentación; las contiendas económicas la han acentuado. Las islas poseen nombres muy diversos. Números o acrónimos; personalidades antaño importantes; sustantivos. El nombre de la isla del Narrador es Realidad. Así se llamaba ya en la Historia Moderna y desde entonces con-

---

serva esa denominación. A sus habitantes les gusta decir que entre el pasado y el futuro, lo habido y el porvenir, la nostalgia y el deseo, ellos viven en Realidad.

Son gramáticos ardientes, severos.

En la isla, por ejemplo, el uso de la letra mayúscula es importante. Existe Consejo. Existe Ejército. Existe Rey. El grueso de la población lo forma una masa de técnicos, funcionarios, obreros. Niños y niñas reciben una educación común. Se estimulan virtudes como la templanza y la tenacidad. También se pondera como un valor cierta indiferencia ante el sufrimiento. Se nace en casa, se vive en familia, se muere sin dolor.

Hace tiempo, mucho, que la mayoría de los realistas ha dejado de soñar.

Circulan rumores acerca de la descomposición del Sistema. Se habla de tumultos en el Dado, núcleo desde el que emana el poder, se codifican las leyes, se dictan derechos y deberes. Se pronuncian palabras cuya sola mención provoca espanto: *mutilación, horca, canibalismo*.

Escéptico por educación, el Narrador se limita a tomar nota de estos rumores. Los consigna sin que le tiemble el pulso, pero sin darles excesiva importancia. La vida en Realidad no se ha visto alterada por lo que pueda estar sucediendo en el Dado. De allí siguen llegando instrucciones y memorandos. Todos comparten parecidos móviles: cómo legislar, para quién hacerlo, de qué precaverse.

Porque la naturaleza del Sistema es la coerción; su objetivo, la seguridad. Las islas del Sistema han aceptado esta ecuación como indiscutible. Garantizar la seguridad de sus súbditos es el empeño principal del Sistema. El Sistema tiene como única responsabilidad lograr que sus fieles vi-

---

van a salvo. Felicidad, libertad o justicia son derechos que sólo pueden emanar de una seguridad previa.

El Narrador, que conoce a fondo la Historia Moderna, sabe que en esa época esta ecuación no siempre se respetó. A consecuencia de ello hubo guerras devastadoras, nacieron movimientos violentos que amenazaron con destruir toda idea de equilibrio, se produjeron revueltas que, amparándose en la defensa de determinadas convicciones, trajeron colapso y muerte.

Los rumores acerca del derrumbe del Sistema son cíclicos. En rigor se desconoce de dónde proceden ni qué persiguen. El Narrador, cuyo escepticismo no implica una inteligencia negligente, ha dedicado muchas horas a reflexionar sobre este asunto.

Su conclusión, que no ha compartido con nadie, es que el propio Sistema difunde estos rumores.

Realidad es una isla en forma de rectángulo casi perfecto, un capricho de la geología. Su aspecto, que parece nacido del molde de un artesano antes que del conflicto permanente entre la tierra y el mar, hace fácil su defensa. Ello, sin embargo, no disuade a los Ajenos de intentar acceder a su territorio. Incluso las islas en apariencia inexpugnables se han convertido en objetivos.

A comienzos de la Historia Nueva, el Sistema definió una doble categoría: los Propios, súbditos *de facto* y *de iure*, y los Ajenos, personas extrañas al conglomerado de islas, cuerpos residuales que las disputas ideológicas y económicas habían purgado. La prosa oficial habla de *aliados* y *enemigos*. El vulgo lo traduce de forma drástica, con contundencia pronominal: *nosotros* y *ellos*.

---

Los desmanes de finales de la Historia Moderna exigieron por parte del Dado un ordenamiento estricto y claro de la pertenencia. Qué quedaba dentro del Sistema; qué debía permanecer fuera de sus fronteras. Esta enseñanza, que es dogma en el seno de las comunidades sistémicas, supone la primera revelación que escuela y padres transmiten a las nuevas generaciones. El problema es que, en apariencia, la categoría de los Ajenos no cesa de crecer. Los rumores sugieren que Realidad y buena parte de las islas que la rodean ya no son otra cosa que fortalezas sitiadas. El mar y cuanto contiene se ha convertido en un enigma pavoroso.

El Narrador habita la Estación Meteorológica 16, un cubo de piedra, cemento y cristal dispuesto al borde de un acantilado. Convertido en guardián de este pedazo de isla, enfocando sus prismáticos hacia el horizonte, aguarda día tras día por si a lo lejos, como una mancha sobre la piel, los Ajenos aparecen.

El Narrador, pues, es sólo Narrador por vocación. Su oficio, en esta plaza fuerte de Realidad, es el de vigía, centinela, delator.

La jornada del Narrador discurre metódica. Se levanta muy temprano, en torno a las cinco de la mañana, se asea y hace gimnasia, desayuna, consulta el sismógrafo, el barómetro y el medidor de presencias. Dedicar entonces un par de horas al estudio de la Historia Moderna —su devoción— y de la Historia Nueva —su deber—, revisa los informes llegados del Dado durante la noche previa e invierte el resto de la mañana, antes de la comida, en mantener en orden la Estación. La 16 consta de un dormitorio, una cocina, un aseo y un cuarto de estudio. Su perímetro está

---

rodeado por una terraza. En ella el Narrador ha plantado romero y lavanda. Acabada la comida, se permite una siesta antes de recorrer la extensión de terreno correspondiente a la Estación. Vigila que los perros reciban agua y alimento, comprueba el buen orden de las cisternas, los depósitos de gasolina y queroseno, la cabaña de revelado y diagramación. A media tarde dedica unos minutos a su cuaderno. En algún momento antes de la cena telefonea a su mujer y habla con sus dos hijas. Las tres mujeres lo visitan el último fin de semana de cada mes. Al Narrador le pesa esta lejanía, aunque la acata con estoicismo. Tras la cena, cultiva una de sus pasiones: el ajedrez, en cuya tradición es un experto; la filatelia, un placer heredado de su padre; o la lectura de novelas, actividad a efectos prácticos inexistente en el Sistema desde las grandes persecuciones de la Historia Nueva, pero que frecuenta con una constancia no exenta de inconvenientes, tanto para su economía (las novelas no son fáciles de conseguir) como para su bienestar (en las novelas la vida es *siempre* distinta a la vida en Realidad). El Narrador duerme pocas horas. Su sueño es pesado, de bruto, sin goce.

Anoche, mientras descansaba, junto a las habituales órdenes emanadas del Dado, el lector de sucesos filtró el comunicado de alguien llamado V2: «A todos los Puntos Calientes, Observatorios de Aves, Puestos de Frontera, Últimos Hombres Libres y Estaciones Meteorológicas del Sistema. Disturbios en las islas meridionales. Hambre. Saqueos. Destrucción de bancos, hospitales, cárceles. Codicia. Rapiña. Caos. Las cosas se están volviendo clandestinas. Repetimos: las cosas se están volviendo clandestinas. Nos regocijamos».

---

El Narrador intenta proseguir su jornada como si el comunicado no hubiera existido, pero le resulta imposible. Su habitual escepticismo se ve perturbado. Sus estudios de Historia Moderna e Historia Nueva se resienten. Apenas puede disfrutar de la comida y de la siesta. Distribuye sin tino el alimento para los perros y comete errores en la transcripción de datos. No telefona a su familia.

El Sistema vive en el alambre. A medida que se acentúa, su fortaleza genera un vivero de antagonistas. Algunos intérpretes señalan que en esa paradoja se esconde su dramático destino. Porque al desarrollarse, fortalecerse y aspirar a la perpetuidad, el Sistema crea los elementos que lo destruyen. Como el cáncer, el Sistema es una floración incontrolada de ansia por perdurar, de eternidad celular.

La noche es muy bella cuando el Narrador apaga la luz de lectura y decide dormir. Sin embargo, el insomnio lo arroja a la terraza. Por un instante, al contemplar las estrellas y escuchar el sonido del mar, toda preocupación se borra: los legajos antiguos, los argumentos *ad hominem*, la miseria posible y la posible grandeza, el fulgor de tiempos remotos, la mera existencia de un porvenir.

Todo. Absolutamente todo.

El día discurre bajo el hechizo de la comunicación de V2. El final del dictado («Nos regocijamos») turba de modo especial al Narrador. Esa alegría en el desastre lo desasosiega. Abriga además la certeza de que el comunicado es auténtico por partida doble. No sólo está convencido de que no procede del Sistema, como una de esas falsas declaraciones empleadas por el poder de manera interesada para más tarde desmentirlas en beneficio propio, sino que admite

---

que cuanto insinúa es cierto. El escepticismo del Narrador parece agrietado.

Al Narrador le es familiar la idea de Caída. Su pasión por la Historia Moderna le ha enseñado que la Caída constituye de hecho la piedra angular del progreso. Pero la idea de ser contemporáneo a esa Caída introduce un elemento novedoso. No es lo mismo leer Historia que protagonizarla. De pronto, en su atalaya de observador, la Estación Meteorológica 16 se convierte en algo más que un puesto de control. Se transforma en un lugar donde las cosas *pueden* suceder.

De tarde, se recibe una comunicación del Consejo de Realidad. Las perturbaciones que el Sistema experimenta hace días se deben a Ajenos que han logrado sortear determinados mecanismos de control hasta suplantarse personalidades de Propios y difundir informaciones falsas. Este acceso de los excéntricos a una inesperada forma de tecnología provoca en el Narrador una sincera alarma.

El mar es una alfombra muda, muerta, que no atesora ningún tipo de vida. Por segundo día consecutivo no telefona a su familia. De noche, antes de dormir, reproduce en el tablero la Anderssen-Kieseritzky, la Inmortal de Londres, 1851.

Es la única paz de la jornada.

Realidad está dividida en diecisiete Sustancias. Cada Sustancia tiene un Atributo y varios Accidentes. El Narrador nació, creció, estudió, se casó y fundó su familia en el Atributo de Sustancia 16. Sustancia 16 es una de las divisiones menos extensas y habitadas de Realidad. Es una Sustancia con una naturaleza espléndida, una tierra fértil y un clima

---

benigno. El vigor de Sustancia 16 fue grande hasta hace décadas, pero una profunda crisis en sus sectores principales —minería, pesca, siderurgia— hizo que la demografía se estancara, la economía se resintiera y se produjera un éxodo de población hacia Sustancias más prósperas. Sustancia 16 es hoy un parque temático de su vencido esplendor, un territorio que sobrevive por inercia, y en el que la belleza del entorno no hace sino acentuar la tristeza de los corazones. Los emigrados de Sustancia 16 marchan de su tierra con pesar. Pero nunca regresan.

El Narrador es consciente de que su puesto en la Estación es un hito menor dentro de la gran contabilidad de Realidad y, por extensión, dentro de la gigantesca contabilidad del Sistema. Ello no es obstáculo para que desempeñe su tarea como si fuera el último baluarte frente a los Ajenos. Quizá por ello está disgustado consigo mismo, con la poca eficacia mostrada ayer durante el trabajo. Prevenido en consecuencia, hoy cumple sus obligaciones a entera satisfacción. También la de telefonar a su familia. Como la Estación sólo puede realizar llamadas, pero no recibirlas, le es sencillo escudarse tras una mentira para justificar su defeción de los dos últimos días.

—La línea no funcionaba —dice a su mujer sin que la voz tiemble.

El Dado permanece en silencio durante la jornada. El Narrador se acuesta con sensación de fiebre en la piel. Y piensa en una bella, antigua palabra: *melancolía*.

El medidor de presencias se activa de madrugada. El reloj de dígitos fosforescentes señala una hora inolvidable: 03.33. El Narrador salta de la cama para dirigirse hacia la cabaña de revelado y diagramación. Los perros lo reciben con

---

una salva de ladridos, aunque el olor familiar calma pronto su inquietud.

Dentro del sector noroeste de Sustancia 16, cerca del punto más septentrional de Realidad, se detecta una presencia. Su pulso en la pantalla verdinegra es visible durante horas, inmóvil en su cuadrante pero activo. Luego, mientras el sol regala sus primeros rayos, se desvanece para no regresar.

El Narrador abandona la cabaña para escrutar el horizonte con sus prismáticos. Como era de esperar, el mar le devuelve una mirada inerte. El hambre lo conduce al interior de la Estación, donde desayuna con apetito de lobo, como si la tensión acumulada hubiera disparado su necesidad de alimento.

En su comunicado al Sistema, el Narrador mantiene un tono neutro, cifrando con exactitud las horas de aparición y desaparición del pulso. No se permite conjeturas. El Dado metaboliza la información con asepsia: «Notificación procesada. Permanezca atento». El resto del día lucha contra el sueño, y su siesta es desacostumbradamente larga. Despierta de ella con migraña y náuseas. La jornada transcurre por lo demás monótona, a pesar del buen tiempo y del aire suave y limpio.

Por la noche, al teléfono, se muestra esquivo y no comenta con su esposa el incidente de la presencia. Antes de dormir, la lectura de uno de los más reputados novelistas de Realidad lo confirma en sus certezas. La literatura, en la isla, ha sido siempre una rama del folclore.

Tras haberlos recogido en el cercano aeródromo, un vehículo del Ejército traslada a los ingenieros hasta la Estación. Ambos son militares, oficiales de rango: un capitán y un

---

teniente. Y los dos son parecidísimos, como piezas nacidas de un mismo troquel. Entregan al Narrador una cédula de acogida y residencia para catorce días. Vivirán en la cabaña. El Narrador queda bajo sus órdenes durante este periodo, aunque puede consultar en caso de duda a la delegación del Consejo en Sustancia 16.

El capitán menciona la palabra *rutina*. Al Narrador la palabra *rutina* y una estancia de catorce días le parecen cantidades no homogéneas, un círculo cuadrado, pero prefiere callar. Los ingenieros comienzan a despachar entre sí en su jerga; el Narrador les da la espalda con alivio. No los vuelve a ver durante el resto del día.

El Sistema ha desarrollado desde la implantación de la Historia Nueva una hipertrofia tecnológica. Los saberes humanistas, el arte y la literatura se han convertido en antiguallas piadosamente toleradas. El saldo de la cuenta arroja una desproporción cada vez más acusada entre el progreso científico y las satisfacciones intangibles. La alegría, por ejemplo, ha menguado de forma simultánea al despliegue de las conquistas micro y macrofísicas. Nunca como hoy el hombre ha estado tan solo entre la materia atómica y la estelar. Porque desvelando los misterios de ambas, parece haberse olvidado de sí mismo.

Estos pensamientos asaltan al Narrador mientras se refugia en su cuaderno. Allí ejerce de librepensador, una profesión por lo que sabe peligrosa. Hay hogueras en su memoria donde esos pioneros ardieron hace tiempo.

Los ingenieros permanecen ocultos. El Narrador apenas llega a verlos tras la comida, cuando hacen mediciones con un teodolito en torno a los depósitos de gasolina y queroseno.

---

El aburrimiento como suceso principal. Un tedio generoso, del tamaño exacto de la esfera del reloj, que devuelve al Narrador la evidencia que los acontecimientos de días pasados le han hecho olvidar. Que en la Estación casi nunca sucede nada; que su vida lleva tiempo convertida en este desagüe de horas vacías, en la consulta de pantallas de plasma que transmiten datos monótonos, palabras mil veces reiteradas, una burocracia no sólo sin alma, sino también sin rostro.

Su padre, que fue un hombre paciente, tanto que hizo de esa virtud un color que se extendió sobre sus actos, el gris de la prudencia, le legó al morir un álbum de sellos. El Narrador contempla esas obras de arte que transcurren invisibles para millones de Propios, objetos útiles y a la vez delicadísimos, y que han sido capaces de trascender el tiempo a pesar de estar fabricados con los más humildes materiales.

Su mujer le habla de noche con una voz no muy distinta a la de los comunicados del Sistema. El cariño como otra rutina combustible, que se alimenta del oxígeno de los días, consumiéndose en una llama sin belleza ni calor. Piensa en los primeros días de su vida en común y se siente extraño, como si hubiera invadido la intimidad de otra persona. El álbum de sellos no le trae alivio tras la conversación. Fuera, bajo la noche inmune, una luz palpita en la cabaña de revelado y diagramación.

Los técnicos no descansan.

Amanece un día radiante. Se han descorrido los velos. La luz posee una calidad que hace pensar en una ofrenda. Incluso el desayuno tiene otro sabor. El regalo del clima hace que el café, las tostadas, la miel, la merme-

---

lada, los alimentos de cada día tengan una consistencia nueva.

El Narrador abre las ventanas de la Estación y se deja bañar por la tibia luminosidad. Cada poro de su piel recuerda a una flor encendida. Nada perturba este momento. Ni la presencia de los ingenieros, que ya han dispuesto sus artefactos sobre el césped; ni los ladridos de los perros, irritados por la presencia de las máquinas; ni siquiera la música reiterada de los controles de la Estación, que desde primera hora vomitan informes procedentes del Dado.

La belleza del día dura hasta bien entrada la tarde. Durante el crepúsculo nubes gruesas y violentas, moradas como cardenales, irrumpen en el horizonte. La lluvia aún tarda un par de horas en llegar. Al hacerlo, devasta el cielo, la tierra y el mar, como el manotazo de un gigante. Otro tipo de belleza se genera entonces. Una belleza de catástrofe que, encerrado en la cocina, en esa misma estancia que por la mañana parecía una ventana al paraíso, hace sentir al Narrador su fragilidad, la propia de un animal en su cueva, rezando por que los techos soporten la embestida y el cubo no sea aniquilado.

Al cesar la tormenta, la Estación se encuentra a oscuras. Ayudado por una linterna industrial, el Narrador se acerca hasta la cabaña. Allí se encuentra a los ingenieros pálidos y exhaustos, como tras una noche de borrachera; los perros han muerto, desgarrados por la violencia del huracán, que ha convertido sus jaulas en un amasijo de hierro. Cubre sus cuerpos con bolsas de plástico.

Cavar una tumba para los perros resulta una tarea penosa. La solidaridad y el afecto de tantos días ocultos en un agujero. Un animal enterrando a otros animales.

---

La pala llaga las manos del Narrador, poco habituada a semejante trabajo. Los ingenieros lo contemplan con respeto aunque distantes, como si estuviera sepultando cadáveres de apestados. Pasean alrededor del hoyo flemáticos e incómodos. Los cigarrillos que fuman encienden signos de exclamación.

Al terminar de cavar, el Narrador los observa a través de los cristales de la cabaña, rodeados de sus máquinas. Apenas dos días aquí y la presencia de estos hombres ya lo infecta todo. El Narrador añora su soledad. La Estación es una escuela de desafecto. Su diagnóstico es claro: misantropía, intolerancia al ser humano.

Una calma absurda llena el cielo. La devastación que la tormenta dejó ayer parece irreal. Algo muy poderoso ha trasladado al perímetro de la Estación este teatro de estructuras rotas, tejas arrancadas, animales muertos. Una ciudad Potemkin de la derrota, instalada para espantar al visitante, otro trampantojo de la desdicha.

El Narrador redacta un informe preciso. Valora los daños, menciona la muerte de los perros, efectúa un peritaje del desastre. Finaliza su memoria solicitando permiso para desplazarse a Atributo 16 o, en su defecto, para que le sean remitidos a la mayor brevedad posible los recambios pertinentes.

En 1987, en la ciudad de Reikiavik, uno de los caballos de Tal, en su partida contra Hjartarson, partiendo de su casilla de inicio Cb1, recorre el periplo d2-f1-e3-c2-a1-b3-a5-c6-e5-g4-h6-g8. Antes de dormirse, el Narrador contempla con asombro esa ruta. Se esconde mucha belleza en el mundo.

El Narrador se ha acostumbrado a una rutina del movimiento que no precisa de aviones, barcos o trenes. Se tras-

---

lada así por los sesenta y cuatro escaques del tablero en torbellinos de piezas y combinaciones, un álgebra de la inteligencia que no sucede sobre ningún espacio mensurable. No hay valles, ruinas, océanos. Sólo existen desplazamientos letales o incruentos de figuras simbólicas aplicadas sobre un tapiz también simbólico. Las metáforas del juego son tantas que su importancia se contrarresta. El tablero es la Vida; el tablero es el Sistema; el tablero es el Viaje.

Con los sellos, las fronteras sí son físicas, aduanas levantadas hace tiempo y que tantas veces el propio tiempo borró, mudó o canceló para siempre, hasta dibujar un cronomapa irreplicable. Los sellos de cada isla son diversos. Como diversas son las lenguas que los nombran, los rostros grabados en ellos, los acontecimientos fijados en sus colores. La filatelia es un intento por enfrentarse a la entropía. Generar un fragmento de orden dentro del desorden cósmico. El coleccionismo como consuelo. Una batalla vana, pero insaciable.

Cada escritor es una delicada química personal mediante la cual un espíritu nuevo metaboliza, transforma y restituye, en forma inédita, no el universo en bruto, sino la expresión sublimada de esa materia que le precede. Una vez más, arrancar al esclavo cautivo del bloque de mármol. Leyendo una de las mayores obras concebidas por la literatura durante la Historia Nueva, el Narrador comparte hasta altas horas de la noche la epopeya de un hombre que aguarda. Al borde de un mar tenebroso, mítico y airado, el protagonista de la fábula languidece y se exalta, se desespera y se eleva, se abandona con voluptuosidad al tedio y se regala placeres vulgares mientras dos naciones enemigas se vigilan sin descanso.

El Narrador se mira en ese espejo y viaja de la mano del hombre que espera. Antes de dormirse, lo alcanza una

---

imagen: «Llega un momento en que la dicha, la tranquilidad, consiste en haber desgastado muchas cosas a tu alrededor, de tanto rozarte con ellas, de tanto pensar en ellas».

Los ingenieros abandonan la Estación a primera hora. El mismo vehículo que los dejó hace días viene a recogerlos. Vestidos de civil, parecen maniquíes deteriorados. Sin uniforme, el numen los abandona. Son hombres de cartón piedra.

A riesgo de ser censurado, el Narrador entra en la baña. Al pie de las literas hay una estructura. Podría pensarse en un pulmón de acero o en una enorme caja de zapatos. La estructura emite un zumbido similar al de un frigorífico. Sobre una de sus caras, alguien ha escrito el nombre del Narrador y las coordenadas de la Estación. La visión de su propio nombre escrito lo sacude igual que una descarga eléctrica. Siempre ese primer instante de aturdimiento, como si de entre todos los nombres el menos comprensible fuera el que sus padres eligieron para él.

Los ingenieros regresan en el instante en que el Narrador se despide de su esposa por teléfono. Pasan por delante de su ventana sin saludar ni volverse. Bajo la luz que comienza a declinar, son fugaces e intercambiables, hasta el punto de que el Narrador es consciente de que sólo un acto de fe, la fe en una rutina establecida hace pocos días, le hace creer que los cuerpos que pasan pertenecen a los ingenieros.

A medianoche, cuando el sueño ya lo ha vencido hace rato, los lectores transmiten un informe del Dado sobre un suceso acaecido en Empiria, una de las islas orientales. El informe menciona un accidente en una central nuclear. El Dado confirma la existencia de decenas de muer-

---

tos y la decisión, tomada por el Consejo de Consejos, de un bloqueo sanitario del perímetro insular. Buques hospital de la mayoría de las islas del Sistema se dirigen hacia el área afectada.

El ejemplo de Empiria es aleccionador. Su pasado esplendor, que irradió luz a los antiguos continentes, a las extintas confederaciones, a decenas de países que ya sólo existen en los textos, colapsa hoy en una espiral de penuria moral y física, al punto de que la isla se desliza, lenta pero fatalmente, hacia su desaparición.

El Sistema no derramará lágrimas por esa pérdida. El Narrador es consciente de que en la Historia Nueva una categoría como la compasión no tiene cabida, es un mero fantasma. Repasando los documentos que recogen la aventura de Empiria, advierte la tensión entre un espíritu belicoso y una profunda sensibilidad. Ese conflicto entre muerte y creación, caos y razón, se resuelve de manera dramática en la Historia Moderna. Los frutos de Empiria, sus logros, abducidos por la lógica del Sistema, disueltos en él, sobreviven como ídolos, frescos pintados por una mano sabia y elegante, pero que el contacto con la intemperie del tiempo ha deteriorado sin remedio. Empiria es un rótulo lleno de prestigio, pero los rótulos no alimentan bocas. Son sólo máscaras más o menos lícitas. Empiria no ha dado un técnico de primera línea, un líder sistémico, un Ideólogo de renombre en las últimas veinte generaciones. Su odisea espiritual es la de un animal saciado y viejo, un paquidermo ilustre reventado por su propio peso.

El Narrador contempla en el televisor cómo los buques hospital rodean la isla como un cerco de hierro. Bajo las consignas amables y la habitual grandilocuencia, adivina

---

que se esconde una expedición punitiva. Empiria y sus habitantes están condenados a la reclusión.

Ya no son Propios. Al fin, tras miles de años, se han convertido, se están convirtiendo, se van a convertir en Ajenos.

La tumba de los perros aparece removida. El capitán ingeniero se queja con amargura. Hedor y alimañas son incompatibles con su tarea. El Narrador se ve obligado a exhumar los restos y quemarlos con un lanzallamas. Una labor de carnicero.

Mientras se enfunda el traje de neopreno, experimenta el placer de los uniformes. Por un momento, apuntando con su arma al montón informe de los cadáveres, lo asalta la tentación de desplazar el lanzallamas en dirección a los militares. La tentación dura apenas un instante, pero regala al Narrador, a lo largo de la jornada, una mezcla de pánico y éxtasis.

El Dado propone un Pentálogo de Urgencia para Empiria:

1. Prohibición de abandono de la isla.
2. Congelación de capitales.
3. Control del Consejo de Empiria por parte del Consejo de Consejos.
4. Cierre de las Estaciones Meteorológicas.
5. Ley marcial en el territorio.

Piensa en sus iguales de la isla, hombres que como él conviven con medidores de presencias, bestias amables y máquinas mezquinas, horizontes amenazados. Una solidaridad confusa lo abruma, una sensación de vergüenza y algo cercano a la lástima, la vieja pulsión de la rabia abriéndose camino entre meses de obediencia. Imagina a

---

sus pares abandonando las Estaciones, volviendo a sus domicilios donde los aguardan familias que hablan una lengua incomprensible pero que poseen emociones idénticas a las de él, parecidos anhelos y miedos, una anatomía que responde a los mismos placeres y dolores.

Hay un sello de Empiria en la colección del padre. Conmemora un templo de piedra blanca bajo un deslumbrante cielo azul. Son los colores de una bandera extinta. La ruina de una ruina.

Día neutro, átono, vacío de acontecimientos.

En las partes tropicales del planeta, donde la temperatura y la humedad son altísimas, franjas abandonadas por el Sistema a sus luchas intestinas, espacios ocupados por los Ajenos y sus denominadas formas de autogobierno —anarquía, tiranía, fraternidad—, fragmentos del mundo en que la vida crece desordenada y brutal, sin atisbo de tolerancia, el *Homo sapiens* ha dado la espalda a la evolución para replegarse hacia su pasado de simio.

Tumbado sobre la cama, negligente, ganado por la pereza, el Narrador contempla fotografías donde hombres y mujeres se hacían en megalópolis entregadas al avance de la jungla, al desbordamiento de los ríos, al deterioro vegetal y mineral, inmensos espacios un día ocupados por oficinas, colegios o arsenales y hoy reconquistados por la Naturaleza, hitos del desarrollo científico y tecnológico de la Historia Moderna que no pudieron soportar la transición hacia las estructuras políticas y económicas de la Historia Nueva, hasta el punto de que el Sistema los abandonó a su suerte, dejándolos caer.

En las fotografías los hombres aprietan la boca con ardor; las mujeres parecen animales a duras penas amaestra-

---

dos; la infancia es un gesto salvaje, insolente. Todos visten harapos o ropas imposibles: sombreros con plumas, retales de sábanas, zapatos monstruosos. Parecen drogados con algo más poderoso que el opio o la cocaína: la ira, la ausencia de esperanza, el olvido de cualquier ternura.

El Narrador escruta esas caras y no encuentra en ellas más que formas de la violencia. Pero no puede evitar sentir una atracción inesperada. Se ha asomado a un abismo y allí abajo, en medio de la oscura corriente del tiempo, unos ojos le han devuelto la mirada.

Unos ojos parecidos a los suyos.

El Sistema admite ser contemplado como la expresión perfeccionada de un anhelo: la reducción de la existencia humana a técnica pavloviana, el desarrollo máximo del reflejo condicionado que vincula la obediencia a la recompensa y la desobediencia al castigo.

El Narrador reflexiona sobre la estructura que le rodea, la jerarquía en que ha nacido, las formas de control que su empeño ejemplifica, y se admira a sí mismo como un esbirro fiel. Junto a esta evidencia advierte cómo en las últimas semanas su conciencia, eficaz y puntillosa hasta la fecha, irreprochable administrativa y pragmáticamente, se está convirtiendo en una conciencia *crítica*.

Tras dos días de ocultación, los ingenieros reaparecen. El Narrador admira sus profundas ojeras, esa palidez de espectros que parecen alimentarse de productos químicos o aceites industriales antes que de carne y pescado. Se los ve agotados y tristes, como si llevaran cuarenta y ocho horas combatiendo contra la desdicha. Su charla, junto a las tumbas vacías de los perros, está repleta de lugares comunes. El capitán le invita a tomar café en la cabaña. El

---

Narrador acepta y se descubre hablando de sí mismo, de su llegada a la Estación hace cinco años, de sus anteriores destinos en el Sistema, de su familia en Atributo 16, incluso de su afición por la literatura. El capitán asiente con displicencia; el teniente se limita a fumar y servir tazas de café. Al dejar la cabaña de revelado y diagramación, el Narrador es consciente de dos hechos. Primero: que la cafeína no le va a dejar dormir. Segundo: que ha contado muchas, quizá demasiadas cosas acerca de sí mismo.

Las imágenes que llegan de Empiria están amputadas en sus bordes. Son muestras de un caos reglado, una descomposición reprimida, un desvanecimiento de estructuras convertidas en chatarra. El Sistema no emite imágenes de los habitantes de la isla. Las tomas cenitales advierten de movimientos de maquinaria pesada, pero los tanques, los camiones, incluso las aeronaves que se ven no muestran rastro alguno de presencia humana. Son instrumentos de muerte accionados por un deseo que opera a distancia. Los campos de refugiados son cuadrículas perfectas, sembrados de carne en vez de cereales. Pero en ellos no se descubre ni la sombra de un perro. En apariencia todo transcurre con eficacia y rigor, aunque no hay actores en la representación.

La sorpresa llega cuando el lector de sucesos filtra un vídeo extraño al Sistema. El vídeo lleva un título enigmático: «Harmodio». En él se escuchan disparos, el estruendo de morteros, el ladrido de un avión al romper la barrera del sonido. Un hombre barbudo, con una cinta blanca ensangrentada en la frente, se desgañita ante la cámara. En un idioma confuso, parecido al inglés imperante durante la Historia Moderna, repite algo que el Narrador tradu-

---

ce como «*No accident. War. No accident. War. No accident. War*». Después, el hombre apaga la cámara. La última imagen es la de su mano acercándose al objetivo, como el abrazo de un pulpo.

Ya bien entrada la noche, en un texto didáctico de Historia Antigua, expurgado de una enciclopedia, el Narrador encuentra las siguientes líneas:

«Harmodio. Muerto en 514 a. C. Junto a su amante Aristogitón, como él parte de la nobleza ateniense, es conocido por haber asesinado al tirano Hipias. Simboliza, en el imaginario de su país, la lucha por la libertad. Antenor levantó una estatua suya en el Ágora».

El mar regala un espectáculo feliz. Se hace leyenda, circo, asombro. Convocados al grito del teniente, el Narrador y el capitán ascienden la escalera de piedra al borde de la Estación, el punto más alto de la 16 y su mejor atalaya. Allí, como niños abrasados por la alegría, se van pasando de mano en mano el único par de prismáticos que poseen.

Son tres ballenas, inusuales por estas latitudes pero no imposibles de encontrar si el azar las desvía de sus rutas migrantes. No parecen desorientadas o aturdidas. Al contrario. Están jugando ante los ojos del mundo, con el macho y la hembra a los flancos, como columnas vivas, y en el centro, amparada por los bloques de carne azulada, una cría que se desplaza con la rara armonía de los monstruos.

El Narrador piensa en cómo desearía que sus hijas estuvieran aquí en este instante, disfrutando de un espectáculo que para la mayoría ya sólo existe en novelas o filmaciones. Las ballenas viven desde hace tiempo en el limbo entre ficción y realidad, fantasía y verdad, símbolo y hecho. Al desaparecer los cetáceos, los hombres se mi-

---

ran sin decir palabra. Cada uno se retira en una dirección. Es como si, por unas horas, no soportaran la presencia de otro ser humano. Como si fuera necesaria una completa soledad para preservar lo insólito.

De noche, al teléfono, no encuentra el tono adecuado para trasladar lo visto. Su mujer y sus hijas no comprenden su entusiasmo. Las palabras golpean en el vacío. Como un niño triste, duerme más solo que nunca. El viaje de la felicidad a la pena ha sido rápido: un bostezo, un quejido.

Realidad representa dentro del Sistema un vástago incómodo. Si en épocas pasadas, durante la configuración primero continental, más tarde federal y a la postre nacional, desempeña roles decisivos, tanto por la potencia de su lengua como por la impronta de sus naturales, audaces viajeros, grandes comerciantes y gentes feroces, de espada y querella, con un talento sólo comparable a su iniquidad, con el advenimiento de la Historia Nueva su papel se convierte en una nota a pie de página, breve y pintoresca, dentro de un conjunto poco amable con el esplendor pasado.

La pérdida súbita pero notabilísima de poder en la ecología del Sistema acarrea disturbios profundos dentro del territorio de Realidad, incluido un episodio fratricida que destruye la esperanza de mantener viva la llama de los mitos. La conversión de astro en satélite, el desplazamiento del centro al extrarradio, el desempeño de un rol secundario dentro de una obra en la que se acostumbraba a jugar un papel protagonista son tres imágenes pálidas a la hora de trasladar esta pérdida de peso en el universo sistémico. El lenguaje muestra aquí su insuficiencia para captar los hechos. La peripecia de Realidad esconde, en ese sentido, una enseñanza nada desdeñable: el carácter

---

cíclico del tiempo, el arriba y abajo representado ya desde la Historia Antigua por la Rueda de la Fortuna, se aplique a individuos o a comunidades, a hombres de carne y hueso o a esas abstracciones llamadas pueblos, es la única constante legítima de la aventura humana.

Tal lectura, que podría resultar patética para muchos, es hoy consoladora para el Narrador, a quien los incidentes de días pasados —la llegada de los técnicos, el cerco a Empiria, incluso el episodio de la vida salvaje en el mar— han distraído de su habitual ánimo templado y espíritu discreto.

No se repite una nueva invitación de los ingenieros a tomar café. Desde la charla pasada, los días se limitan a un intercambio de saludos cordiales, nacidos de la educación, no de un sentimiento de pertenencia. Compartir el avistamiento de las ballenas no ha unido a los tres hombres. Al contrario. Esa visión, como sucedió después de que los animales desaparecieran, los ha alejado.

Los recambios solicitados tras la tormenta llegan al fin. Varios operarios pasan parte del día reactivando circuitos, retejando superficies, retirando despojos. El Narrador firma recibos y estrecha manos. Antes de telefonar a casa, apunta con minucia en su cuaderno cada gesto visto, cada objeto repuesto, cada redistribución de la materia.

Las niñas añoran a su padre. Están en una edad compleja, en la que las figuras vicarias se afirman o corren el riesgo de desvanecerse. El Narrador teme ser sólo un progenitor legal, un fantasma consagrado por las costumbres, no una persona en la que sus hijas puedan encontrar apoyo y claridad, consuelo. Lo turba esa distancia. Tanto que debe confesarse que extraña más a sus hijas que a su es-

---

posa. El deseo apenas lo atormenta en la Estación, pero las fotografías de las niñas en los anaqueles de la biblioteca son espinas en su carne. Atado al Sistema por voluntad propia y un contrato draconiano por siete años, ligado a una permanencia sin fisuras, sin días libres ni vacaciones, siente que no ha medido con exactitud el calibre de su fuerza, su tesón para soportar ya no el tedio, sino las trampas del afecto.

De noche, bajo un confuso aguacero, el Narrador admira cómo Paul Morphy da jaque mate a ciegas, en dieciocho jugadas, a un binomio de rango: el duque de Brunswick y el conde de Isouard. Sobre el tablero, la única nobleza real: la inteligencia.

Con el alba, el Narrador despierta y los ingenieros recogen sus bártulos. En la claridad incipiente, recuerdan a ectoplasmas moviéndose entre la cabaña y la atalaya, la demolida perrera, los depósitos de gasolina y queroseno. Las dos semanas de estancia llegan a su fin como empezaron, entre una bruma de secreto y discreción. Si tuviera que explicar a qué se han dedicado durante este periodo, tendría que apelar a sus dotes de lector de novelas, no a su talento para la observación.

A las seis en punto, mientras beben café en la terraza, aparece el vehículo habitual. El conductor dialoga con ellos un minuto, antes de tomar sus equipajes e introducirlos en el maletero. El teniente entra en el coche sin despedirse; el capitán se acerca a hablar con el Narrador.

—El dispositivo no debe ser tocado.

—¿Qué dispositivo?

—La caja.

—¿Qué caja?

---

—La caja en la que están escritos su nombre y el de la Estación.

—Entiendo.

Ambos se miran más allá de los uniformes. El Narrador siente que está dentro de una narración, en uno de esos instantes aleccionadores y decisivos que los maestros del género inventaron para emocionar a sus lectores, momentos que desvelan la trama de la vida y las fábulas que la explican. El momento de Mersault. El momento del Gran Inquisidor. El momento de Kurtz. El Narrador se pregunta por qué ninguna isla del Sistema se llama Mersault, Gran Inquisidor, Kurtz.

—El dispositivo está programado para funcionar sin ayuda externa. No pregunte para qué sirve y no recibirá respuestas que quizá no entienda. ¿De acuerdo?

De forma brusca, le tiende la mano. El Narrador la estrecha. Con fuerza. Virilmente.

La marcha de los ingenieros deja un vacío difícil de llenar. Después de todo, las revelaciones existen. Nada más variable que el humor de los hombres, una sustancia imponderable que los neurólogos aseguran se aloja en el cerebro.

El Narrador está tenso durante el día, con la boca llena de palabras que no alcanza a escupir. Le habla al viento vagabundo, a las ballenas pasajeras, a los perros abrasados, a sus hijas lejanas. Cansado de la soledad, decide inventariar cuanto existe en la Estación. Es una tarea tan vana como cansina, una vocación absurda que lo mantiene en pie hasta la medianoche, consciente de estar llevando a cabo una actividad carente de utilidad. Al terminar, mientras contempla ese listado en el que se conjugan las macetas de lavanda con las provisiones de arroz, las bengalas de posición con

---

los prismáticos Minox, lo acomete una profunda náusea. Pero no vomita, sino que de rodillas en el suelo de su cuarto de estudio, como un gran mono exhausto, expele aire.

Y grita. Y aúlla. Y solloza.

Antes de acostarse, aliviado tras el frenesí de las lágrimas, recorre a grandes pasos el perímetro de la Estación. Huele más y mejor tras la explosión de emociones. Si el mundo se pudiera devorar, su sabor sería más intenso y a la vez refinado. Las cosas parecen más nítidas, las sinestias son más rotundas, los contornos de los cuerpos resultan más claros, aunque el Narrador sabe que son las reacciones químicas en su cerebro las culpables de estas amplificaciones de la experiencia.

Y sin embargo, lejos de todo engaño, la noche es pura, balsámica. Altas y extáticas, como polen, las estrellas son una metáfora compleja, imposible de fijar.

Las lágrimas de ayer. Tantos años sin llorar. La muerte de sus padres y el nacimiento de sus hijas no le causaron esa quiebra. Algo está pasando en el interior de una carcasa en apariencia inmutable. Algo todavía sin nombre. Una violencia del instinto. El pavlovista confuso.

El Narrador busca en el estudio una paz que los últimos sucesos le niegan. Durante las guerras que configuraron el actual aspecto del Sistema, se temió una escalada de la violencia que destruyera el mundo por completo. De ahí proviene la pasión del Sistema por la seguridad. Es una cuestión de supervivencia. Desde el momento en que el Sistema posee los instrumentos para destruirse a sí mismo y borrar toda huella de vida sobre el planeta, la conquista de las grandes palabras —*justicia, igualdad, libertad*— se ha aplazado en beneficio de la conquista de la gran seguridad. Es

---

una paradoja diabólica. El desarrollo exponencial del conocimiento ha conducido a un punto en que el conocimiento podría cesar. Mediante el conocimiento, el Sistema tiene en sus manos los instrumentos para su propia aniquilación y, con ella, para la aniquilación de todo conocimiento. Es como si un organismo, evolucionando sin descanso, llegara a poseer el misterio de cada forma de existencia, y con el desvelamiento de ese secreto, la llave para cancelarla. El Sistema amamanta por primera vez desde la Protohistoria a un hijo llamado no a superarlo, derogarlo o mejorarlo, sino a hacerlo desaparecer.

Mañana llegan su esposa e hijas.

Antiguas fotografías de la Historia Moderna muestran interiores domésticos donde las familias posan para la posteridad. El Narrador pasa sus dedos por los mostachos de los padres, por los corsés de las madres, por los tirabuzones de las hijas: el hombre y su clan. Antes de acostarse, fantasea con el lanzallamas.

Cada mes, al recibir a sus hijas, ese cosquilleo en la base del cráneo, como un insecto recorriendo la piel.

Las niñas se acercan cuidadosas, ejemplares, tan parecidas a su madre, réplicas a escala. Él las abraza con intensidad, solícito, aunque consciente de que a un hijo hay que demostrarle menos afecto del que uno desearía, pues siempre será más ternura de la que demanda. No en vano, al abrazar a sus hijas el último viernes de cada mes piensa en lo que experimentaba cuando sus padres lo acariciaban a él, en aquel embarazo inevitable.

Las niñas recorren la Estación en silencio, cogidas de la mano, contempladas a distancia por sus padres. Es una rutina que el Narrador acepta complacido. Para sus hijas ese re-

---

conocimiento, esa reconquista visual realizada un fin de semana de cada cuatro, supone la confirmación de que el tejido del mundo, incluso de un mundo tan hermético como el que habita su padre, permanece estable, a salvo de un capricho.

—Los perros —dice la hija menor al finalizar la inspección—. No están.

—Sí —concede el Narrador.

Hay un silencio incómodo.

—¿Murieron? —pregunta la hija mayor.

El Narrador duda antes de responder, buscando una coartada en los ojos de su esposa. (Al besarla, ha encontrado su boca fría, otra, desconocida.) Pero en ellos no descubre aliento ni deferencia. Como si él y no la tormenta hubiera sido el asesino de los perros.

—No —miente—. Los veterinarios se los llevaron y desmantelaron la perrera.

Las niñas lo miran y el Narrador siente que saben la verdad. De noche, en la cama con su mujer, le cuenta el reciente llanto. Ella escucha su confesión con apatía.

Día familiar en la Estación Meteorológica 16.

Las flores que las niñas han dispuesto sobre la mesa del desayuno.

El café, la tortilla hecha por las manos de la esposa.

Verla fumar dentro de un rayo de sol, cuando la luz invade su rostro y resalta las formas del humo.

Su alianza matrimonial como un círculo de fuego en la luz salvaje.

El paseo, tomados de la mano como novios o como ancianos, distraídos y a la vez entregados a la caricia.

Las risas de las niñas en torno a los depósitos de gasolina y queroseno: grave una, cristalina la otra.

---

El Narrador expresando una negativa a la pregunta de si pueden entrar en la cabaña de revelado y diagramación.

Su voz afectuosa contando el lugar exacto desde el que avistó las ballenas. Las palabras *surtidor, ámbar gris, plancton, leyenda, Melville*.

La negligencia con que despacha las tareas habituales.

El vello de los brazos de su esposa provocándole una íntima conmoción mientras interpreta ciertos mensajes cifrados del Dado.

La acción de levantarse, tomar esa nuca y besar la boca hoy caliente, suya, tan conocida.

El regreso de las niñas con las mejillas encarnadas.

Desgranar durante la comida lugares comunes que poseen de pronto otro sabor.

La siesta de los adultos.

La siesta de las hijas.

Las noticias de Atributo 16: quién ha muerto durante este último mes, qué se dice sobre alguien y por qué, dónde y cómo es posible obtener determinadas cosas.

Una mirada en familia a los recuerdos filatélicos del abuelo. Explicar a la vista de los sellos el mito del caballo Pegaso, qué conmemora la mujer que avanza con los pechos desnudos y una bandera en su mano derecha, por qué fue importante el hombre con una mancha de vino de Oporto en la frente.

Ser consciente de que los inventarios, después de todo, son decisivos.

Admirarse del parecido de las hijas con la madre.

Acostarse con sensación de triunfo tras cenar de modo frugal.

Hacer el amor. La segunda vez, inesperadamente.

---

La marcha de las niñas y de la esposa regala un sabor a ceniza en la boca. Verlas partir le rompe el corazón. Cinco años de esta economía de los afectos, dejando escapar tanta vida. Todo por la metódica acumulación de un capital, por la legítima esperanza de un ascenso, por la dilatada confianza en merecer otra vida.

Quizá, por qué no, retirarse a otra isla del Sistema.

Piensa en ello mientras regresa, ya tarde, a su cuarto de estudio. El mapa desplegado ante sus ojos, con los nombres del archipiélago caligrafiados en letra gótica. Su índice que recorre las estancias de un planeta desconocido. Toda esa geografía ahí fuera, aguardando a ser conquistada, exacta en lo que promete, feroz en lo que cancela.

Hay vestigios del paso de su familia. Quedan los dibujos de las niñas, esas casas con jardín en las que él siempre aparece retratado al margen, como una presencia asumida con recelo, o como si, concluido el dibujo y tras la revisión de la madre, su voz severa recordara a las niñas que alguien falta en esa ilustración, un cuarto elemento que ellas amputan sin malicia pero con constancia. También el perfume de su mujer, un aroma vegetal, a menta casi siempre, a veces a limón, que llena la copa de su memoria hasta el borde. De nostalgia. De bengalas de felicidad. De la intuición de una existencia dilapidada.

El ajedrez no lo consuela. Tampoco las novelas repletas de hombres y mujeres separados por el espacio y los accidentes absurdos pero aterradores de la materia. Las colillas que su esposa ha depositado en el cenicero de la cocina parecen los colmillos blancos de un animal extinto. Su emoción al retirar esos restos que esconden, en cada cilindro, una medida de tiempo.

---

Empiria agoniza.

En la primera imagen, entre las ruinas de su más célebre monumento, asfixiado por la polución y las brechas de la edad, un grupo de jóvenes despliega la bandera nacida como emblema de un mundo más justo durante la Historia Moderna. Gigantesco y tenaz, el trapo ondea insolente en medio de la catástrofe. Las nubes de la radiación que nadie ha visto se ocultan bajo ese sol feroz que un mástil improvisado sostiene.

En la segunda imagen, una legión de mendigos toma al asalto las gradas de un anfiteatro. Donde un día resonó la voz de la conciencia de los viejos continentes, donde el verbo se alzó con una hondura que todavía hoy produce pasmo, un pelotón de pobres duerme bajo las estrellas, manchando con su miseria las piedras sagradas. Ningún desastre nuclear alcanza a expresar la vergüenza abrasadora de estos desposeídos. El Narrador imprime ambas imágenes y las dispone sobre su mesa de trabajo. La continuidad histórica que busca en ellas se le antoja imposible. Mejor dicho, la certeza de que esa continuidad ha dado un vuelco dibuja en su retina una tercera imagen que se superpone a la de la bandera izada a despecho del Sistema y a la de los ocupantes del mítico recinto.

En esa tercera imagen la Historia, sin adjetivos, aparece como un animal violento, que devora toda expectativa de finalidad. El progreso queda abolido; la seguridad queda derogada; se produce un cortocircuito entre los sentidos y la realidad.

Una última imagen lo alcanza mientras el día llega a su fin. Escuadrones de guerra amparados bajo antifaces arrian la bandera y golpean a los mendigos tumbados. El monumento y el anfiteatro recuperan su aspecto

---

habitual. Pero algo sobrevive entre las piedras y los cuerpos idos, una mácula imposible de borrar.

Fuera de la Estación existe un perímetro de seguridad: cemento y hormigón armado, ladrillo y hangares, casamatas y enseres de intendencia, cuadrículas cerradas, bosques de antenas, bloques espartanos, una soberbia torre de vigilancia: el Panóptico. El personal que lo habita es enigmático, una policía invisible. Más allá de ese arco protector están las carreteras, las ciudades, la vida estipulada, ordenada y comunitaria de los Atributos y los Accidentes.

Así, la Estación es como una perla dentro de una ostra. Arrinconada junto al mar, frente al mar levantada, vive de espaldas al mundo. Su horizonte es ese trueno que la borrasca permite oír algunas noches; las aves que flotan suspendidas como cometas; las olas que repiten con terquedad una música que no se agota. Pero no hay interlocutores con rostro.

Desde esa óptica, existe algo heroico en la soledad del Narrador. En su cuaderno se relata a sí mismo como una especie de individuo omega. Sin embargo, en estos últimos días ha venido pensando también en la comunidad que conforman los vigilantes de las Estaciones. Una fraternidad minúscula, si se la compara con la población total del Sistema, pero unida por lazos poderosos y una experiencia común. Esos ojos que contemplan, escrutan y miden; esos cerebros que reciben y transmiten información; esa constancia medida, exacta, pulcra.

De pie en la atalaya, cercado por las sombras, el Narrador mira al Norte, que es apenas una mancha llena de presagios, una acuarela difusa, trazo de ceniza dispuesto a lo lejos. E imagina que al otro lado del horizonte, en este

---

preciso instante, un alma gemela está mirando en su dirección, a ciegas, sin recompensa, pero con el corazón reboante de una cálida sensación de hermandad.

La cabaña de revelado y diagramación se convierte en una meca tentadora. El Narrador entra varias veces en ella para contemplar esa estructura que ya, sin remedio, se ha convertido en la Caja.

Como un niño ante un objeto jamás antes visto, pasa en cada visita un largo rato rodeándola con pasos breves, casi de danzarín, contemplando la superficie sin cortes ni escondrijos, de un color reconfortante, hueso, sepia o caramelo, de la que emana un zumbido sosegado y neutro, ruido blanco apaciguador y enervante, ante el que los sentidos desarrollan una ataraxia del músculo y de la retina como la que debe experimentar un sujeto al que se hipnotiza.

La Caja tiene dos metros de alto por dos de largo, conformando un cuadrado perfecto. De ella no salen cables; ningún piloto anima su superficie; no hay dispositivos parecidos a una puerta, una ventana, una simple abertura. Es un cuerpo sin interruptores, llaves de encendido o apagado, sensores de calor o humedad. No se advierten circuitos o ventiladores. Podría contener ropa, libros o una vajilla, objetos pasivos, pero hay algo en ella que hace pensar en un ente vivo, en la palabra *inminencia*. Cada tres minutos emite un resplandor que dura en torno a veinte segundos, un pulso intenso. El Narrador piensa en los latidos del corazón de un rumiante, en el flamear de las medusas.

Y a la vista del artefacto, cada vez que se aquietta ante esa estructura, mira, repasa y pondera las letras que con-

---

forman su nombre, fantasea con la mano que escribió esas palabras y recuerda la voz del militar invitándolo a no pensar en la Caja, a no preocuparse por ella.

Pero sabe que esas palabras, desde el momento en que han sido pronunciadas, están destinadas a lo contrario. Porque los tentadores se esconden siempre tras una prohibición.

La mancha es perceptible a simple vista, un fragmento de blancura en medio del océano. El radar no la ha detectado. Oscila en la inmensidad del color de la pizarra, tragada cuando una ola de cierta altura arremete contra ella, para reaparecer tras su paso.

Y se acerca. Lenta, casi con melancolía, pero se acerca. Sin codicia, pero con tenacidad.

El Narrador corre hacia el cuarto de estudio para enviar su informe al Sistema. Pero algo lo detiene. Paralizado con los instrumentos de transmisión en la mano, se contempla a sí mismo desde fuera, como un actor en una pantalla o, mejor aún, como un personaje en una página. De hecho, reconoce esa sensación no por haberla vivido antes, sino por haberla encontrado reflejada en alguna de las novelas que ha leído.

Los escritores la denominan *epifanía*.

Regresa, pues, a la atalaya y hace algo insólito, inapropiado para su cargo: esperar a que la mancha se acerque, como quien espera la llegada de un tren en un andén.

Los Minox no engañan. Es una lancha, o algo que podría merecer ese nombre, pues flota en el agua, una suerte de gran neumático, de un color que ya no es blanco, sino amarillento, y dentro del cual una figura todavía sin sexo blande lo que el Narrador identifica como un remo.

---

La improvisada nave lucha contra la marea hasta que la noche cae.

Una vez la oscuridad los cerca a ambos, espectador y objeto, son casi las diez. El Narrador se retira a la cama sin haber cenado ni haber telefonado a su mujer. Lo recorre un sueño confuso y agitado. En algún momento, entre la duermevela y la narcosis del que se rinde a la negrura, cree escuchar una melopea.

Hay un antiguo camino, empleado raras veces, que las malas hierbas han conquistado y conduce desde la Estación a la playa sombría, de guijarros, que el mar y el tiempo han creado a los pies del acantilado. Conforman un descenso peligroso y una subida fatigosa. El viento acuchilla los escalones de roca y los pájaros planean a lo largo del trayecto. Nadie lo utilizaría por placer, salvo quien buscara una soledad total o huyera de algo temible, y pocos se arriesgarían a tomar la playa como abra o lugar de refugio. Es un enclave romántico pero tenebroso, una estampa que sobrevivirá al hombre. Una ruina natural, si ese sintagma posee sentido. Sin embargo, cuando, tras media hora de descenso lleno de paradas y dudas, el Narrador pisa la playa, descubre el neumático tras una roca, cobijado bajo unas ramas de eucalipto. En efecto, tiene un color desvaído, y en su perímetro, que se ha reforzado con rafia o bramante, caben con holgura dos adultos.

Repleto de parches y muescas, como si hubiera sobrevivido a cientos de viajes, alguien, con cierta meticulosidad e incluso talento, ha dibujado en él un perfil de caballo con una pistola de grafiti. Junto al dibujo del animal, como una insólita marca de agua, probablemente la

---

misma mano ha escrito un oráculo ominoso: «La Realidad es una catástrofe».

No hay rastro de fuego ni alimentos. Tampoco de ropas ni pisadas. Prometedor y maléfico, el neumático se basta a sí mismo. El Narrador lo fotografía, lo mide y calibra su peso. Aún no sabe si empleará esas notas o, como anoche, las guardará. Antes de emprender el ascenso, deposita una nota sobre el neumático y la cubre con una piedra. En ella escribe: «No se esconda».

Aunque juró no hacerlo, después de comer reemprende el descenso. El neumático y la nota siguen allí. Otra vez recorre la superficie de la playa, buscando en cada oquedad, rastreando detrás de cada roca y de cada saliente, intentando encontrar rastros del remero. Desiste poco antes de cenar, abrumado ante la evidencia de que el navegante sólo puede haber tomado un camino una vez en la playa: el ascenso hacia la Estación. Al regresar, practica un juego perverso. Él se ha quedado fuera, a la intemperie, en ese espacio fronterizo entre Propios y Ajenos, en tanto el navegante ha robado su lugar y funciones en la Estación. Ni siquiera ha tenido que recurrir a la violencia para ello. Le ha bastado con señalar los objetos que ahora son suyos: el medidor de presencias, la biblioteca del estudio, los sellos del padre. La inversión de papeles ha sucedido como en un sueño, en un abrir y cerrar de ojos. El Narrador se ha convertido en un figurante y el extraño se ha convertido en el Narrador. ¿A quién pertenece la voz que cuenta desde este instante? Y mientras retorna con fatiga, sintiendo en los huesos no sólo la edad y el cansancio, sino el miedo, puede ver al invasor sonriente, comiendo de sus provisiones y bebiendo de su agua, disponiendo de

---

su cama y por la noche, antes de acostarse, intercambiando una broma sexual con su mujer por teléfono.

Suda a mares cuando llega a la Estación. Corre como un loco y abre la puerta de su estudio. El común paisaje de cada día lo saluda brutal en su reiteración. Por un segundo, antes de experimentar alivio, siente un mordisco de lástima. La conciencia de haber sido Ajeno durante unos minutos se desvanece.

Empiria pertenece ya a las afueras del Sistema. Desde esta mañana, al anunciar el Dado su disgregación del archipiélago, su nombre queda borrado del elenco de islas sistémicas. Es la primera vez, desde el advenimiento de la Historia Nueva, que semejante hecho tiene lugar. Con anterioridad sucedió que una isla de gran tamaño se dividiera en islas menores o que ciertas islas fueran abandonadas por cuestiones estratégicas, pero nunca que un miembro de pleno derecho del Sistema perdiera su condición. Voces autorizadas sugieren que, tras la defección de hoy, se entra en una nueva era: la Poshistoria.

El discurso del Dado menciona el accidente nuclear como elemento que ha llevado al colapso efectivo de la isla, pero el constante deterioro de la vida en Empiria desde hace décadas invita a pensar que dicha tesis es una coartada. La liquidación efectiva de la isla transmite a la comunidad sistémica una información tan novedosa como rotunda: no sólo es posible reconfigurar el Sistema, sino que es posible borrar parte del Sistema. Desde hoy Empiria ya no existe, y su integración entre los Ajenos exige una clave para designar su territorio.

(El mapa de los Ajenos es un fragmento de mundo bárbaro, que no merece nombres. Los territorios se men-

---

cionan por relación a la isla del Sistema más próxima. Verbigracia: «La isla a ochenta millas náuticas de Realidad» es el territorio Ajeno más cercano a la isla del Narrador. Se lo supone habitado por supervivientes del Gran Norte, espacio casi mítico abandonado durante la Historia Moderna. Estas perífrasis son incómodas, pero su uso es obligatorio en el Sistema.)

El Narrador piensa de nuevo en la Caída. En ese réquiem por una parte del Sistema encuentra materia para reflexiones que lo mantienen largo tiempo despierto. El neumático, hoy, es devorado por la urgencia del calendario.

La Historia Nueva proclamó un desiderátum radical: acabar para siempre con el aspecto piramidal de las sociedades. Aquel empeño, que procedía del venero inagotable de los pensadores y revolucionarios de la Historia Moderna, fue asumido por la *intelligentsia* del Sistema, en particular por los Ideólogos del Dado, como el mayor programa de reformas de los últimos siglos y, por extensión, como el proyecto emancipador más profundo desde el nacimiento de la escritura. Pronto, la asunción del empeño quedó eclipsada por el formalismo organicista del día a día, y tan feliz propósito se invirtió. De hecho, la agudización del aspecto piramidal del Sistema es el aspecto más evidente de los últimos decenios. Una élite minúscula, un puñado de privilegiados al margen de los dictados del Sistema (el Sistema es la encarnación de esas personas; esa élite es la sustancia gris del Sistema), corona la delgadísima cúspide de la pirámide, cuya base no deja de crecer con el tiempo. Tanto que las hormigas que pululan allá abajo, al nivel del suelo, no alcanzan a ver la altura del edificio que cons-

---

truyen. Y tanto, además, que la función histórica de las pirámides, nacidas en la Historia Antigua como receptáculos para el cuerpo de los faraones, renace con fuerza. Sólo que en su centro, en vez de momias venerables, se esconden los sueños robados a decenas de generaciones. En ese sentido, la pirámide del Sistema no abriga cadáver alguno, sino que es un cenotafio de la dignidad. En su interior no hay nada, salvo vidas dilapidadas.

El Narrador se siente hoy más librepensador que nunca. Desde las páginas de su cuaderno, las ideas arañan, las palabras quemán. Ese viejo cuaderno que huele a cuero ya no es un diario: es un arma. No confiesa; revela.

El Narrador se está convirtiendo en un hombre peligroso.

Durante la tercera visita a la playa estalla el enigma: el neumático ha desaparecido. Y con él, la nota.

Una rodada ancha y profunda indica que el navegante ha tomado el camino del mar para volver a dondequiera que esté su hogar. El Narrador se siente traicionado. La confianza depositada en la nota («No se esconda») le lleva al reproche más amargo de cuantos existen: la vergüenza. Vergüenza por haber confiado en un extraño; vergüenza por haber faltado a su cometido; vergüenza por haber pretendido ser alguien que no es. Una violencia intacta, una forma de furia largo tiempo aplacada y al fin explícita explota en la playa desierta. Quien pudiera ver a ese hombre arrojando piedras contra el mar, con tozudez de gimnasta y codicia de niño, sentiría piedad por él o pensaría en la locura.

El Narrador recuerda una anécdota de la Historia Antigua: un poderoso monarca azotando con trescientos la-

---

tigazos al mar por haberse tragado sus barcos. La sombra burlona de aquel rey hace que se detenga: absurdo, vencido sin réplica, sudando su furor.

El ascenso le lleva casi una hora. Sus músculos están agotados. Al llegar a la Estación, al borde de la hipoglucemia, redacta un informe de urgencia para el Sistema. Al fechar el informe, se da cuenta de la estupidez que está a punto de cometer. Mejor ignorar un acontecimiento que narrar dicho acontecimiento de forma falsa. Entre esconder un hecho y construir una falsedad, la primera opción es más segura. El navegante no ha existido. El neumático no ha existido. Y la nota...

La nota baila ante sus ojos como una pavesa: «No se esconda». No. La nota tampoco ha existido. A buen seguro que está en el fondo del mar. O se la ha llevado el viento.

Las diecisiete Sustancias de Realidad mantienen entre sí una cohesión forzada, aunque felizmente funcional. Hace décadas, tras la muerte del Rector (términos como *Tirano* o *Conductor* han sido borrados de la historiografía realista), sus hombres de confianza, herederos de cuarenta años de oligarquía, realizaron una pirueta de riesgo, pero que ha merecido las alabanzas de los Ideólogos.

Fue voluntad del Rector que un Rey heredara la dirección de la isla, pero que afrontara dicha dirección como un figurante, vale decir como un hombre de paja, un estafermo de prestigio, un factótum edulcorado. Los logros de esa operación quedarían en la contabilidad del Rey, en su haber innegociable, prestigiarían su figura. A cambio, y al amparo de las nuevas formas, los hombres del Rector disfrutarían de una vejez tranquila y subterráneamente, que es como se consolida el Sistema, sus ideas pervivi-

---

rían. El efecto de esta reelaboración es tan polémico como eficaz.

Por un lado, Realidad conserva, como genotipo indestructible, las cualidades que el Rector quiso para la isla; por otro, las Sustancias, articuladas en torno a una disciplina plural, han podido organizar un atisbo de independencia. Todos han salido ganando con la operación salvo la Verdad Histórica, flor expuesta a multitud de vientos e inexistente más que como símbolo.

Los conflictos se han resuelto sin excesivo encono, aunque las peculiaridades de algunas de las Sustancias de Realidad han creado fracturas que durante décadas han conmovido sus cimientos. Se ha pagado con sangre en ocasiones; en otras, con el sometimiento a una casta de poderosos. No en vano, el mandarinato es la profesión de fe más enraizada en suelo realista. Escapar a su sombra a estas alturas de la Historia Nueva (o de la Poshistoria: el Narrador no acaba de acostumbrarse a la nueva nomenclatura) se antoja una operación, si no imposible, complejísima.

Un repaso a los acontecimientos de los últimos cinco años, desde su llegada a la Estación Meteorológica 16, informa del desierto de los días. Algún avistamiento episódico, ejercicios militares ante la costa, visitas de los superiores para ponderar las instalaciones, reuniones de trabajo con burócratas de Realidad, un volumen de archivos que habría ahogado en papel a los operarios de tiempos pasados. Hay también fotografías que festejan este lustro: la primera, su preferida, la que el antiguo responsable de la Estación le tomó el día de su llegada. Su mirada franca, vacía de presagios, un hombre orgulloso de la responsabilidad

---

adquirida, pieza clave en uno de los vértices de Realidad, capataz de un empeño esplendoroso: la vigilancia.

Detrás de la cabaña de revelado y diagramación, en un tramo de césped cubierto por margaritas de un color rabioso, yacen tres cuerpos sin nombre. Aunque viajaban sin documentos, el Narrador los consideró siempre una familia. Fueron escupidos por el mar tras una tormenta. No se encontraron restos de la embarcación. Un hombre alto, huesudo, al que los peces habían devorado el rostro; una mujer pequeña y frágil, maravillosamente intacta; un niño de apenas tres años, con las piernas quebradas como listones de madera. Las autoridades decidieron que fueran enterrados sin ceremonia, con la eficacia exenta de piedad concedida a los Ajenos. El Narrador pensó en ellos durante semanas. Un día los olvidó. Pero esta tarde algo, un impulso sin nombre, conduce sus pasos hasta donde reposan.

En pie sobre el manto de flores, las manos en los bolsillos y el aire salado en el rostro, piensa, por vez primera durante este tiempo, en una posibilidad no contemplada. ¿Y si los extraños no fueran Ajenos que buscaban su lugar bajo el sol de Realidad, sino Propios que huían de una existencia angosta y desgraciada? La pregunta es como una bandera en el viento.

El Narrador es un técnico del idioma. Acepta su uso como instrumento analítico antes que como recurso expresivo. Asume el triunfo de la racionalidad sobre la emoción, de la causalidad sobre la metáfora. A menudo también sus notas para el cuaderno poseen el aspecto aséptico y descarnado de los informes enviados por el Dado. *Mutatis mutandis*, la lengua como dictado universal de una con-

---

ciencia que opera por encima de intereses particulares. Para vencer al genio engañador soñado por la filosofía, se instauró la duda, el método, la disciplina del *cogito*. Para vencer al demonio perverso de los hechos contrasistémicos, se organiza la prosa, cierta prosa, esta prosa.

Una imagen amanece: el Narrador es consciente de ser un hombre que mientras escribe es observado por un censor implacable. Pero no es la censura del alma en incandescencia, a la búsqueda de un medio de expresión cada vez más refinado y potente, cada vez más audaz e insoportable, sino la vigilancia del funcionario que reconoce que la escritura es peligrosa. Al tiempo, saber que se sabe *esto* significa un paso decisivo en la dirección de la ruptura. El Narrador reasume la conclusión alcanzada en días pasados: su conciencia práctica se ha contaminado sin remedio; es ya, también, una conciencia inquisitiva.

En consecuencia, desea forzar la trama del lenguaje para que exprese aquello que anhela ser expresado, reventar las costuras de la gramática, apurar las posibilidades de la semántica para extraer una visión destilada, radical, libre de la Estación, de Realidad, del Sistema. Acatar, en resumidas cuentas, que una frase como: «Solo, aquí, en la frontera de este pequeño mundo, me siento en la disposición de ánimo idónea para que cualquier cosa suceda, para aceptar cualquier acontecimiento», es un acto revolucionario.

El episodio del neumático le ha hecho olvidar la Caja durante días. La conciencia posee compartimentos, huecos de armario, nichos de cementerio. O mejor, tanques dentro de una gran piscina. Espacios estancos, en los que el agua no fluye, no discurre, no viaja. Quizá ahí radique la

---

diferencia entre el carácter grande, de genio, activo, y el carácter pequeño, de rutinas, pasivo. Uno es vertical, permeable; el otro, horizontal, impermeable. Mientras en aquél las fuerzas hidráulicas están en proceso, moviéndose sin descanso, en éste hay reductos y cárceles, cadenas que lo incapacitan para una dialéctica del mundo y sus accidentes.

La Caja, pues. Y siempre su nombre escrito en ella, el laberinto de sensaciones que produce. El latido de la luz allí dentro, vivo como el corazón de un pez abisal, llamándolo sin remedio. Qué es la Caja, se pregunta ante ese latido. ¿Una trampa? ¿Un reclamo? El elefante blanco. Sí, eso es. La Caja es ya su elefante blanco, responde con lucidez angustiada, que lo traspasa como un venablo.

Abandona la cabina. Huele a mar en la Estación. Es un día espléndido, en que Sustancia 16 brilla como una joya purísima. Es difícil imaginar que lejos de este horizonte existan la difunta Empiria, navegantes de neumáticos, el Dado y su prosa. Otro compartimento estanco, una nueva mentira codiciosa que mantiene al Narrador ligado a su minoría de edad. Porque esta Naturaleza radiante no garantiza nada, no explica nada, no alivia ningún dolor. Porque lejos de este horizonte Empiria ya ha perdido sus contornos, hay remeros que cruzan océanos, y el Dado, como el ojo insomne de un reptil, no sueña, no descansa, nunca duerme.

Filadelfia, 10 de febrero de 1996. Deep Blue 1-Kasparov 0. Amanece una nueva era. El hombre se ha derrotado a sí mismo.

A la conquista de un paradigma que articule la relación entre cúspide y base de la pirámide, el Sistema apuesta

---

como elemento de cohesión por el más eficaz de los lacayos: el miedo.

En el haber del Sistema debe apuntarse que sus directores son lo bastante sagaces como para procurar que este miedo mude de rostro con frecuencia. La policía más exitosa es la que cambia de uniforme. Porque las máscaras, incluso las más aterradoras, devienen inútiles si se reiteran. Lo que infunde temor no es el rostro que se oculta, sino el antifaz encubridor. No se teme el detrás, sino el delante. El miedo es siempre mediación. El miedo es siempre disfraz.

Este miedo mutante se concentra en el declive del bienestar. Si décadas atrás los Propios temían volar por los aires cada vez que tomaban un avión o subían a un vagón de metro, hoy temen verse reducidos a escoria segregada por el propio organismo social, desechos escupidos hacia las filas de los Ajenos debido a la penuria económica. Este temor al derrumbe financiero es un guante de seda que recubre un puño de hierro. Y es que semejante miedo, siendo menos cósmico que el temor al terrorista, es mucho más infeccioso, pues no sólo atañe a la persona singular, sino a una compleja constelación de significado: hijos, esposos, familia. Se teme no tanto la debacle del propio ser como su onda expansiva.

El Narrador espiga en su biblioteca señales del tiempo por venir, estelas del fuego que ya pasó. En una novela escrita en el interludio entre las grandes contiendas que enterraron la Historia Moderna, una frase le roba el aliento: «La gran derrota, en todo, es olvidar, sobre todo lo que te mata, y morir sin llegar a comprender jamás hasta qué punto los hombres son bestias. Cuando estemos al borde del hoyo no nos pasemos de listos, pero tampoco olvidemos; hemos de contarle todo, sin cambiar ni una palabra

---

de las lacras que hemos visto en los hombres, y entonces liar el petate y bajar. Es suficiente como trabajo para toda una vida».

La noche es un temblor.

Hipótesis general para una teoría de las correspondencias.

Existe una relación directamente proporcional entre hermetismo y muerte. En la medida en que una vida, una trama o un acontecimiento se enredan en el hermetismo, la salida más natural a este enredo es la desaparición, la suspensión, la destrucción. Cuanto más se aleja una experiencia de la posibilidad del sentido, más segura será su caída en un proceso de disolución. El propio hermetismo de la argumentación es un argumento en favor de la hipótesis. Ser oscuro es una forma eficazísima de ser desgraciado. La ecuación es simple: jugar al espectro es el primer paso para convertirse en espectro. La cortesía en la expresión no sólo previene contra la incompreensión, sino también contra la muerte. Las formas complejas tienen mayores posibilidades de fracaso que las formas simples.

Encarnación particular de la anterior teoría.

Un tejido inextricable se ha adueñado en las últimas semanas de la vida en la Estación Meteorológica 16. Los sucesos parecen presos en una red de araña perversa, tejida por un animal tan industrioso como temible.

Preguntas para el insomnio:

1. ¿Se puede establecer algún vínculo entre la aparición de los ingenieros y la aparición de las ballenas?
2. ¿Es legítimo considerar la Caja como manifestación todavía incomprensible de algún mecanismo de control o punición?

---

3. ¿Existe una relación en un marco global de los acontecimientos entre la descomposición efectiva de Empiria y la progresiva agudización de la conciencia del Narrador?

4. ¿Debe ser interpretado el navegante del neumático como encarnación de alguna metáfora ilustrativa?

5. ¿Hay un Algo, hay un Alguien, hay un Lo Que Sea que observa, y juzga, y sanciona?

Las aves planean como ménades enloquecidas. Solas, en parejas, en bandadas. Dispersas o agrupadas. Como lluvia tenue. Como racimos de materia oscura y pesada. Espléndidas a veces, feroces en ocasiones, siempre indiferentes, vigilan sus presas de tierra y agua, convertidas en cazadoras anfibias. Ratones, peces, liebres, insectos.

El Narrador puede pasar horas contemplando su danza delicada. Ese viejo sueño: volar, partir, marchar. Hombres arrojándose desde campanarios, tejados, colinas; hombres diseñando aparatos tan sencillos como sutiles. Hacedores de alfombras mágicas. Qué misterio en esas alas abiertas a las corrientes aéreas, qué dulzura inabarcable. Un prodigio cada día, pero que ya a casi nadie conmueve.

Si el Narrador pudiera volar, piensa tras los Minox, dónde le llevaría su viaje. A casa de sus hijas, quizá. A otras islas desconocidas, quizá. Al País sin Nombre, quizá.

O al Dado, por qué no.

Ninguna persona a quien el Narrador conozca ha visto el Dado. Y sin embargo, tiene que existir un punto exacto dentro del Sistema, un lugar físico, mensurable, donde el Dado transcurra: un lugar al que volar, al que partir, al que marchar. El Dado es el enigma. No. Mejor dicho: el Dado es el Enigma. Otra mayúscula. Sistema, Caja, Dado, Narrador.

Enigmas todos.

---

La gaviota que parece sonreír en las faldas del viento, con el vuelo como única expectativa. En él se explica, se resume, se contiene. Y cuando grita su música insomne, cristalina y quebradiza, es como si sobre la cabeza del Narrador arrojara un puñado de piedras.

Si alguien contemplara al hombre ebrio de sol que está echado en la tumbona, con gafas de cristales oscuros y un grueso libro en su mano derecha, el gesto reposado y suave, desnudo de cintura para arriba, lánguido y sereno, pensaría en un turista de vacaciones en alguna de las Sustancias meridionales de Realidad.

Una mosca zumba grosera, pero su música no provoca en el Narrador espavientos ni ira. La piel recibe esta luz generosa como lo que es: una ofrenda. Ni siquiera hay un resquicio para que en la conciencia se filtre, como un veneno lento, cierta insidiosa evidencia: que el Narrador está trabajando. Aunque, hasta donde su memoria alcanza, no existe ningún artículo del código de la Estación que prohíba que su tarea se realice así, medio desnudo, prostrado bajo el sol, devanando la peripecia insólita e hilarante de un poeta con peluca reconvertido, por azar, en plantador de tabaco.

En torno al mediodía, la vigilia cede paso al sueño, el libro cae, la tumbona se convierte en un lecho, el Dado sigue escupiendo sus informes estadísticos sin que mano alguna los compute. Al contrario, durante su trance el Narrador sueña con un hombre pálido, vestido de rojo, que se dedica a destruir, con aplicación pero sin furia, cientos de lectores de sucesos y medidores de presencias.

—He soñado con un terrorista —dice en voz alta al despertar.